



LA VUELTA A CASA

LIBRO 1

ARCHIMAGO

DUNGEONS
& DRAGONS
REINOS OLVIDADOS®

R.A. SALVATORE

minotauro

Artist signature



ARCHIMAGO

LA VUELTA A CASA I

R. A. SALVATORE

minotauro

Título: *La vuelta a casa nº01/03 Archimago*

DUNGEONS & DRAGONS, FORGOTTEN REALMS, their respective logos, and The Legend of Drizzt are trademarks of Wizards of the Coast LLC in the U.S.A. and other countries.

© 2023 Wizards of the Coast. Used with permission. Licensed by Hasbro.

All characters in this book are fictitious. Any resemblance to actual persons, living or dead, is purely coincidental. All Wizards of the Coast characters, character names, and the distinctive likenesses thereof, and all other Wizards trademarks are property of Wizards of the Coast LLC

Título original: *Archmage*

Ilustración de la cubierta: Aleksí Briclot

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2023 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Patricia Nunes

ISBN: 978-84-450-1466-0

Depósito legal: B. 23.149-2022

Printed in EU / Impreso en UE.

US, Canada,
Asia, Pacific & Latin America:
Wizards of the Coast, Inc. Way
P.O. Box 707
Renton, WA 98057-0707
+1-800-324-6496



European Headquarters:
Hasbro UK Ltd Newport,
Gwent NP9 0YH GREAT
BRITAIN

Visit our web site at www.wizards.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

DE ORCOS Y ENANOS

Cientos de ballestas de enanos estaban apoyadas sobre los leños caídos de lo que solía ser el Torreón de la Flecha Negra. Una banda monstruosa se acercaba: una veintena de feos orcos, un puñado de goblins y un gigante de hielo.

Y un elfo oscuro llamado Drizzt Do'Urden.

—Lorgru. Lorgru, que se hubiera convertido en el siguiente rey Obould si el Señor de la Guerra Hartusk no hubiera usurpado el trono —explicó Sinnafein a los reyes enanos.

—Los orcos en retirada se unieron a él en las montañas, eso dijo Drizzt —aportó Catti-brie, y Sinnafein, cuyos exploradores le había dicho lo mismo, asintió mostrando su acuerdo.

—Lorgru no va a esconder a sus perros a mis muchachos —anunció el rey Harnoth—. Si busca pelea, ¡Adbar la acabará por él!

—Sí, pero me gustaría tener su fea cabeza en una pica en nuestra puerta oeste —añadió Oretheo Spikes, y otros enanos cercanos asintieron al oírlo.

El rey Emerus y Bruenor intercambiaron miradas preocupadas. Ya habían sabido que eso no iba a ser fácil desde que les llegaron los primeros informes de que los orcos se estaban congregando alrededor del depuesto Lorgru en el Espinazo del Mundo.

Bruenor fue hasta la primera barricada y subió a lo alto del leño.

—Bajad las ballestas, muchachos —dijo a toda la línea, después de una breve mirada a las fuerzas que se acercaban—. No hay amenaza

ahí. El cabrón del elfo los matará a todos antes de dejar que vuele la primera flecha, si la cosa llega a la lucha.

Los enanos se relajaron un poco, pero protestaron en voz baja, decepcionados de que ese encuentro fuera a ir como estaba planeado.

Bruenor se volvió y alzó todo el brazo. Drizzt respondió con el mismo gesto, y llevó al unicornio que montaba, *Andahar*, por delante de los primeros orcos, deteniéndolos.

—¿Conmigo? —preguntó Bruenor, mirando hacia atrás.

Los otros tres reyes enanos, Catti-brie y Sinnafein de los elfos se colocaron junto a él. Aleina Lanzafulgente, a la que se le había dado el título y el papel de Emisaria de Luna Plateada y Everlund, también avanzó con su caballo.

De la otra partida se avanzó Drizzt, a lomos de *Andahar*, junto con un orco sobre un huargo rugiente, un goblin que correteaba deprisa tras ellos y el gigante de hielo, que se mantenía a su altura con sus grandes zancadas.

—¿Quién hablará por la Alianza de Luruar? —preguntó Drizzt, mencionando con toda la intención la alianza que se había derrumbado con la marcha del Reino de Muchas-Flechas.

Todos miraron a Bruenor.

—El rey Bruenor —contestó Emerus Corona de Guerra. Dirigió una astuta mirada a sus oponentes, sobre todo a Lorgru—. Sí, ese Bruenor —explicó al orco, que se había quedado visiblemente sorprendido—. El mismo que firmó el Tratado del Barranco de Garumn con Obould Primero, hace muchos y muchos años.

—Creía que el rey Bruenor llevaba mucho tiempo muerto —repuso el líder orco.

—Bueno, pues creías mal, supongo —respondió Bruenor y avanzó—. ¿Eres tú el que habla también por los goblins y los gigantes?

—¿Tú eres Bruenor? —preguntó Lorgru, incrédulo, porque el enano que tenía ante él era muy joven.

—No importa quién sea yo —contestó el enano—. Habló por ellos y ellos lo aceptan, ¿eh? —Tras él, los otros asintieron.

Eso pareció satisfacer al orco, que también asintió, aunque su expresión era de confusión.

—Yo hablo por Muchas-Flechas —dijo.

—Ya no hay Muchas-Flechas —soltó el rey Harnoth desde atrás, lo que hizo que varios de los otros, incluido Drizzt, hicieran una mueca de dolor.

—Los orcos que escapaban del campo han vuelto a mí —explicó Lorgru a Bruenor—. Yo nunca hubiera sancionado una marcha así contra tu gente, o una guerra así. ¡No es como Obould hace las cosas!

—¿Y dónde has estado tú durante este último año de lucha? —preguntó Bruenor, suspicaz.

—En las montañas, en el exilio —contestó Lorgru.

Drizzt miró a su amigo de barba roja y asintió solemnemente.

—Mi reino me fue robado —continuó Lorgru—, por facciones decididas a volver a las costumbres guerreras de los orcos. ¡Yo rechazo esas costumbres! Ella —señaló a Sinnafein— está viva y libre porque yo lo elegí, aunque podía haber ordenado que la mataran, legalmente, incluso según vuestras propias leyes, por entrar sin permiso en mi reino.

Todos los ojos fueron a Sinnafein.

—El rey Lorgru dice la verdad —confirmó Sinnafein—. Hubiera tenido el derecho de ejecutarme, pero no lo hizo.

—¿Estás esperando vítores? —soltó el rey Harnoth con un gruñido, mirando de Sinnafein a Lorgru.

—No estoy esperando nada —replicó este—. Pido una tregua.

—¿Una tregua? ¿Ahora que hemos hecho salir corriendo a tus perros? —discutió Harnoth—. ¿Una tregua para que puedas organizarlos a todos y volver a cazar enanos?

—Bruenor habla por nosotros, rey Harnoth —le recordó Emerus Corona de Guerra, y la ira comenzó a cargarle el tono. Harnoth le devolvió una mirada iracunda, pero Connerad Brawnnavil rápidamente secundó al rey Emerus, igual que hizo Aleina Lanzafulgente.

—Bah, pero no os necesitaré —gruñó Harnoth finalmente—. Los chicos de Adbar pueden acabar el trabajo ellos solos.

—Sí, pero no lo harán —repuso Bruenor en un tono que no admitía debate. El enano de la barba roja se volvió hacia Lorgru—. Una tregua, ¿eso quieres?

El orco asintió.

—Quieres que te dejemos a ti y a tus chicos solos en las montañas, ¿es eso?

Otro asentimiento.

—Entonces, me vas a oír bien, rey Lorgru, u Obould, o cualquier nombre que quieras ponerle a esa fea cara. Tú y los tuyos ya no sois bienvenidos en la Marca Argétea. No hay Reino de Muchas-Flechas, y cualquiera de tus chicos que baje de las montañas más al sur de la muralla norte de esta torre en ruinas, o a las Tierras más allá del Muro, o a cualquier otro lugar de la Marca Argétea, será considerado un saqueador y tratado como tal. Te estaremos observando, te lo aseguro, y la primera pelea será la última, porque no dudes de que iremos a buscarte.

El rey Lorgru miró alrededor como un animal enjaulado, una mirada que fue cambiando a una de decepción, como si sólo en ese momento se diera cuenta de que los sueños de sus ancestros fueran inalcanzables para él. No habría resurrección de la Torre de la Flecha Oscura, no habría vuelta a las relaciones y los tratados que los orcos habían establecido antes de la llegada al poder del Señor de la Guerra Hartusk.

Quiso discutir, lo vieron todos, e incluso comenzó a replicar. Pero se tragó su argumento y aceptó los términos de Bruenor con una inclinación de cabeza.

—Quizás un día demostraremos ser merecedores de vuestra confianza —dijo.

—Yo confío en el cadáver de un orco —soltó el rey Harnoth—. Ahí podemos empezar a entendernos.

—Os quedáis en vuestros agujeros —advirtió Bruenor—. Dejáis la Marca Argétea. O no dudéis de que os cazaremos, a todos, y os mataremos bien muertos. A todos.

El rey Lorgru asintió y le tendió la mano, pero Bruenor no se la estrechó, y más bien les pareció a todos que el feroz enano hacía todo lo que podía para evitar saltar y asesinar a Lorgru ahí mismo.

—¿Y vosotros qué? —preguntó Bruenor al goblin.

La diminuta criatura miró alrededor nerviosamente.

—¡No queremos más guerra! —gritó, y se agachó.

Bruenor miró al gigante de hielo, alto y orgulloso, y claramente inalterado por el peso de la culpa o la derrota.

—Soy Hengredda de Starshine —dijo con su voz bella y resonante. Soltó una pequeña risita—. Parece que soy todo lo que queda de Starshine.

Se encogió de hombros, como si esa fuera simplemente la manera de la guerra, lo que seguramente era cierto para los gigantes de hielo.

—Deseo ir a Brillalbo y ver a Jarl Fimmel Orelson —explicó el gigante—. Desearía decirle que la guerra ha acabado.

—¿Y por qué deseas hacer una cosa así? —preguntó Bruenor, escéptico.

—Para que Jarl Orelson deje sus preparaciones para seguir con la guerra —contestó Hengredda con sorprendente candor.

—¿Estás diciendo que tiene la intención de volver con sus chicos? —quiso saber Emerus Corona de Guerra.

El gigante de la escarcha se encogió de hombros.

—Si hay guerra, Jarl Orelson luchará. Si no hay más guerra, no lo hará.

Bruenor se volvió para mirar a los otros reyes enanos antes de responder, sobre todo buscando la aprobación del rey Emerus, que era viejo y sabio, y había pasado por esto muchas veces antes. Cuando Emerus asintió, el enano pelirrojo se volvió hacia el gigante de la escarcha.

—Vas y le cuentas a Jarl Orelson lo que he dicho a Lorgru aquí —indicó Bruenor—. Se queda lejos y nosotros le dejaremos, os dejaremos a todos, en paz. Pero si un enano de la Marca Argéntea cae bajo la espada de un gigante de la escarcha, entonces dile a tu Jarl Orelson que derretiremos Brillalbo hasta que sea un charco, sí, y uno lleno de sangre de gigante, no lo dudes.

—Alardeas muy fuerte para ser una criatura tan pequeña —comentó Hengredda.

Drizzt, Catti-brie y todos los enanos alrededor ahogaron un grito al oír eso, esperando que Bruenor saltara sobre el gigante para estrangularlo. El rey Harnoth incluso avanzó amenazante, pero Bruenor extendió el brazo y lo detuvo.

Bruenor sólo se quedó allí sonriendo, mientras miraba a Hengredda durante un instante largo, largo.

—No vale la pena decir nada a los que sois como tú —repuso Bruenor—. Ya te he dicho lo que hay, así que haz lo que quieras con ello. Pero échale una buena ojeada al campo ante nosotros, gigante. A los grandes agujeros que estamos llenando con enemigos muertos. Puede que también le quieras decir eso a tu Jarl Orelson.

El gigante de la escarcha bufó despectivo.

—Y si tu sentido del honor o cualquier otra estupidez te hace pensar que quieres luchar contra mí, entonces ve y lleva el mensaje al Brillalbo y vuelve aquí —ofreció Bruenor—. Lucharemos los dos, tú y yo, sólo tú y yo. Y cuando acabemos, mis chicos cavarán un agujero para meterte dentro.

—Valientes palabras, enano —replicó el gigante.

—No cualquier enano —intervino el rey Emerus, avanzando—. El rey Bruenor Battlehammer, Octavo Rey de Mithril Hall, Décimo Rey de Mithril Hall, quien mató a Hartusk. Así que ve a hacer tus recados, muchacho, y luego vienes a jugar. Tendrás la oportunidad de matar a una leyenda, o creerás tener esa oportunidad, porque nosotros sabemos, y tú deberías saberlo también, que Bruenor te irá cortando trozo a trozo y te escupirá en el ojo antes de acabar contigo.

Durante todo esto, Bruenor no parpadeó, no cambió su expresión y sólo pareció tranquilo.

Sin embargo, Hengredda sí que parpadeó.

—¡Así lo haré! ¡Volveré para matar a una leyenda! —dijo, pero nadie, ni siquiera Lorgru ni el goblin que estaba junto a él, lo creyeron.

—Tú no vuelves por aquí —advirtió Bruenor a Lorgru—. Y no pongas demasiados de tus perros en el mismo sitio, o te encontraremos y te quebraremos. Ahora vete. Idos a vuestros agujeros y quedaos ahí.

Lorgru, que parecía totalmente derrotado, asintió y se marchó delante de los otros.

—Vigilaremos por si vuelve el gigante. —Connerad le aseguró a Bruenor.

—No volverá —le dijo Bruenor. Se fijó en el ceño del rey Harnoth, que estaba a un lado junto a Emerus, así que se fue hasta el par, seguido de Connerad.

—Ah, erramos al dejar marchar a ese perro —insistió Harnoth—. Es un rey orco, y se le unirán todos, y así volveremos a conocer la guerra dentro de poco.

—No —repuso Sinnafein, más allá, y también ella fue a unirse a la reunión improvisada—. Lorgru no es como Hartusk o los otros jefes de guerra. Es el hijo de Obould, y su linaje se traza hasta el primer Obould. Él cree en esa visión.

—Entonces, no debería dejar que sus perros vengan a cazar —fue todo lo que tuvo que decir Bruenor.

—El rey Harnoth quiere meterse por las montañas para cazar a los orcos —explicó Catti-brie a Drizzt, ambos a un lado y observando la pequeña reunión—. Bruenor no lo dejará, y Emerus y Connerad respaldan a Bruenor. Harnoth aún podría ir. Está rabioso por la muerte de su hermano y no descansará tranquilo mientras sepa que hay orcos tan cerca.

Drizzt se pasó un largo rato mirándola, sopesando su tono y la tensión en su fuerte cuerpo.

—Tú estás de acuerdo con Harnoth —dijo.

Catti-brie le devolvió la mirada, pero no respondió.

—Por la diosa —razonó Drizzt—. Crees que es... tu deber perseguir y matar a los orcos, a todos ellos.

—Nosotros no comenzamos esta guerra.

—Pero la acabamos —replicó Drizzt—. Lorgru no va a volver.

—¿Y qué pasará con su hijo? —preguntó Catti-brie—. ¿O con su nieto? ¿O con el siguiente señor de la guerra que usurpe el trono con visiones de gloria ante los ojos?

—¿Pretendes matar a todos los orcos del mundo?

Catti-brie se lo quedó mirando de nuevo, y Drizzt supo que él y su esposa pasarían muchas horas hablando de ese tema en los siguientes días y meses. Muchas horas desagradables.

Drizzt se volvió hacia los enanos e hizo un gesto de cabeza hacia Bruenor.

—¿Crees que se lo han dicho ya?

Mientras formulaba la pregunta, el rey Harnoth gritó desconsolado.

—Ahora sí —replicó Catti-brie secamente.

Bruenor había explicado sus planes a la pareja. Pretendía ir al oeste con todos los soldados que las tres ciudadelas enanas de la Marca Argétea le pudieran proporcionar. Bruenor tenía la intención de reclamar Gauntlgrym a los drows y a cualesquiera otros habitantes que pudieran haber hecho su hogar allí.

Al otro lado, Harnoth se había excitado mucho, agitando los brazos y pateando en círculos. Drizzt y Catti-brie fueron allí a prestar su apoyo a su amigo enano.

—¿Y por qué no vacías todas las malditas ciudadelas y dejas que los malditos orcos entren caminando? —rugía Harnoth.

—Nunca he hablado de vaciarlas —repuso Bruenor, tranquilamente.

—Cuatro mil, ha dicho —añadió el rey Emerus solemnemente, y sus maneras cortaban a Harnoth tanto como sus palabras—. Tenemos el doble de ese número y medio más justo aquí en el campo. Y todos hemos dejado fuertes guarniciones detrás.

—¡Cuatro mil! —gritó Harnoth—. ¡Ese cerdo orco al que acabas de dejar marchar tiene diez veces ese número! ¡Veinte veces ese número!

—Y vosotros tenéis Luna Plateada y Everlund —indicó Aleina Lanzafulgente, y todos los enanos se volvieron hacia ella, sorprendidos;

y todos menos el furioso Harnoth, con gratitud. —No te abandonaremos —prometió Aleina—. Reconstruiremos Sundabar, sin duda. La alianza será más fuerte que nunca, si las tres ciudadelas enanas y los elfos del Bosque Luna así lo quieren.

—Sí —dijeron al unísono Bruenor, Emerus y Connerad, mientras Sinnafein asentía con la cabeza.

—Mi gente será tus ojos en el norte —añadió Sinnafein—. Si los orcos comienzan a moverse, lo sabremos, y tú lo sabrás, y cualquier marcha que puedan hacer será impedida por la picadura de las flechas elfas, no lo dudes.

—Esta vez, los perros casi ganaron —advirtió el rey Harnoth—. Y ahora tendremos cuatro mil enanos menos, y con Sundabar una sombra de lo que era, y con tantos otros muertos, ¡todos los de Nesmé muertos! ¿Quién les detendrá esta vez si vienen llamando?

—No entraron en las salas antaño ni lo harán la próxima vez, si es que hay próxima vez —insistió Bruenor—. Y ahora conocemos la amenaza y hay formas en que podemos prepararnos mejor.

—Algunos de nosotros siempre lo habíamos sabido, rey Bruenor —replicó Harnoth, y era claramente una pulla al enano que había firmado el Tratado del Barranco de Garumn.

—¿Estás pensando en dividirnos, rey de Adbar? —replicó rápidamente el rey Emerus—. Porque sí, eso es lo que están haciendo ahora tus palabras. Y no dudes de que Felbarr estará junto a Mithril Hall si sigues con eso.

—Al igual que las ciudades de Luna Plateada y Everlund —añadió Aleina con un tono igual de ominoso.

El rey Harnoth, joven y orgulloso, comenzó a responder agitado y enfadado, pero Oretheo Spikes le puso una mano en el hombro para calmarlo, y cuando el joven rey torció de golpe la cabeza para mirar al Enano Salvaje, Oretheo asintió con la cabeza y lo llevó a un lado.

—Es bien tozudo —comentó Catti-brie.

—No hace mucho que perdió a su padre, y a su hermano lo han matado en la guerra —recordó Drizzt—. Al igual que a muchos de

sus asesores más importantes. Ahora se sienta en el trono, solo e inseguro. Sabe que el año pasado erró muchas veces y que le hemos salvado de una destrucción segura.

—Entonces, debería estar ofreciendo algo de gratitud y una dosis de humildad bien ganada, ¿no? —preguntó Bruenor.

Drizzt se encogió de hombros.

—Lo hará, pero en sus propios términos.

—Si Adbar se niega a seguir nuestro plan, entonces tú y yo reuniremos el ejército que necesitamos para llevar a cabo tu propósito, amigo mío —prometió el rey Emerus.

—No podremos reunir ese número sin Adbar —insistió Bruenor.

—Pues iremos a Mirabar y buscaremos más aliados; de todas formas, tendríamos que estar pensando en eso —dijo Emerus—. Esos chicos son Delzoun, igual que tus chicos en el Valle del Viento Helado. ¡Recuperaremos Gauntlgrym, no lo dudes!

—¿Lo haremos? —preguntó Drizzt, siguiendo la pista de Emerus.

—Mucho de qué hablar —fue todo lo que el rey de la Ciudadela Felbarr quiso decir sobre ese tema por el momento.

Harnoth y Oretheo Spikes volvieron en ese momento, y el rey de Adbar pareció mucho más tranquilo.

—Mi amigo aquí cree que Adbar seguirá fuerte con dos mil menos —explicó Harnoth—. Así que la mitad de tu fuerza marchará bajo el estandarte de la Ciudadela Adbar, rey Bruenor.

—No —respondió Bruenor inmediatamente, incluso mientras los otros comenzaban a sonreír e incluso a vitorear. Todos los ojos se volvieron rápidamente hacia el enano pelirrojo y su sorprendente respuesta—. Ningún estandarte de Adbar, Felbarr o Mithril Hall —explicó Bruenor—. Como en la guerra que acabamos de ganar, caminaremos bajo la bandera de nuestra sangre Delzoun, ¡la bandera de Gauntlgrym!

—¡No hay bandera de Gauntlgrym! —protestó Harnoth.

—Entonces, hagamos una —respondió Emerus Carona de Guerra con una gran sonrisa. Le tendió la mano a Harnoth, y después

de sólo una pequeña vacilación, el joven rey de Adbar se la estrechó con firmeza.

Mientras tanto, Bruenor comenzó a sacar jarras de cerveza de detrás de su escudo mágico, una para cada uno de los cuatro reyes enanos reunidos en el campo.

Y brindaron juntos.

—¡Por Gauntlgrym!

Las obras en las ruinas de la Torre Flecha Negra continuaron durante varias semanas, y la enorme fortaleza orca quedó reducida a un puesto de vigilancia con sólo un par de torres en pie. Hubo un pequeño debate sobre si dismantelar el lugar o quizás remodelarlo para acomodarlo a las sensibilidades de los enanos, pero Bruenor indicó, y con razón, que dejar intacta cualquier parte del Fuerte Flecha Negra podría animar a los orcos a intentar reclamarla.

Reclamarla, después de todo, sería mucho más fácil que reconstruirla desde los escombros.

Así que desmontaron todo el resto, excepto las delgadas torres de vigilancia. Se llevaron los grandes troncos hasta el río y los dejaron flotar río abajo hasta donde pudieran ser recogidos en Mithril Hall y empleados como combustible en los hogares y las forjas.

También dismantelaron los muelles, al igual que los poblados orcos de alrededor, ahora abandonados, para borrar todos los vestigios del Reino de Muchas-Flechas de la marca Argéntea. Cuando el verano pasó a otoño, los enanos y sus aliados se fueron a sus respectivos hogares, con las tres ciudadelas prometiendo reunirse durante los meses de invierno para planear la marcha de primavera hacia el oeste.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Catti-brie a Regis durante el viaje a Mithril Hall. Regis se había unido a los vítores y a las bebidas y los «hurras», claro, pero Catti-brie lo había estado observando y había notado, con cada día que pasaba, que una nube le cubría a menudo la cara de querubín.

—Estoy cansado, eso es todo —respondió él, y ella supo que estaba mintiendo—. Ha sido un año largo y difícil.

—Para todos —añadió Catti-brie—. Pero un año victorioso, ¿no?

Regis la miró, su asiento en su poni muy por debajo de los altos hombros del unicornio espectral de Catti-brie. Sin embargo, su sonrisa era auténtica cuando habló.

—¡Hurra por el rey Bruenor!

Pero ahí estaba esa nube de nuevo, escondida en sus ojos, y mientras se volvía a mirar el camino que se abría ante ellos, Catti-brie supuso qué pasaba.

—No vienes a Gauntlgrym con nosotros —afirmó. En la sombra que vio en los ojos de Regis tuvo la respuesta.

—Yo no he dicho tal cosa —replicó Regis, pero no la miró al hablar.

—Tampoco lo has negado, incluso ahora.

Observó cómo se le tensaba el rostro al mediano, aunque este seguía sin alzar la mirada hacia ella.

—¿Cuánto hace que lo sabes? —preguntó Catti-brie un momento después, cuando se hizo evidente que Regis no iba a dirigir esa conversación.

—Si Bruenor estuviera yendo a la guerra en Gauntlgrym, y Drizzt estuviera en Cormy, o en las Tierras del Heliotropo quizás, ¿qué harías tú? —inquirió Regis.

—¿Qué quieres decir?

—¿Acompañarías a Bruenor en su misión, esta última misión en quizás una serie sin fin de misiones, o desearías encontrar a Drizzt de nuevo y reanudar tu vida con él?

—¡Donnola Topolino! —exclamó Catti-brie, cayendo en la cuenta por fin.

—Mi amor por ella no es menor que el tuyo por Drizzt —explicó Regis—. La dejé para cumplir mi juramento, y porque sabía que mi amigo Drizzt me necesitaba. Y también viajé desde Aglarond por medio Faerun hasta el Valle del Viento Helado, y estuve contigo y con los demás cuando encontramos a nuestro amigo casi a punto de morir.

La mujer asintió, y su expresión abierta, compasiva y acogedora lo animó a continuar.

—Y esta guerra que acabamos de ganar —continuó Regis—. Era importante, y en realidad una continuación de la que comenzamos hace todas esas décadas. Yo serví como administrador de Mithril Hall en los días del primer Obould.

—Lo recuerdo bien, y serviste con gran honor.

—Y, por tanto, he vuelto para acabar lo que empezamos, para cerrar el círculo —explicó el mediano—. En ambos servicios estuve a punto de morir; no tengo miedo a morir. Nunca lo he tenido, y seguro que aún menos después del tiempo que pasé en el bosque encantado de Mielikki.

—Pero tienes miedo de no volver a ver a tu amada Donnola.

—Esta es una guerra de enanos, la misión de la Hermandad Delzoun —intentó explicar Regis—. No soy un enano. Drizzt ha dicho que arrebatar Gauntlgrym a los drows llevará años, y luego mantenerlo será seguramente una tarea que se extenderá durante décadas. ¿En qué momento...? —Fue callando, dejando la pregunta a medias.

—¿Habrás acabado tu servicio? —finalizó Catti-brie por él, y Regis finalmente la miró, con los ojos llenos de lágrimas. Su sonrisa era cálida y enternecedora—. Has hecho más de lo que cualquiera podría pedir, amigo mío. Nadie te juzgará mal por marcharte ahora, aunque seguramente todos te echaremos de menos.

—El hermano Afafrenfere sólo pasará por Mithril Hall —explicó Regis—, luego irá al sur hacia Luna Plateada y Everlund, y después hacia la carretera sur que lleva a Aguas Profundas.

—Eso nos ha explicado, y que su tiempo aquí está finalizando —admitió Catti-brie—. Todos le agradecemos sus acciones aquí, porque sin duda tuvo no una pequeña parte en matar al dragón blanco en las laderas del Cuartopico. El hermano Afafrenfere es un gran aliado.

—Desde Aguas Profundas buscará el Camino del Comercio, que yo recorrí con los Ponis Risueños antes de encontraros en las orillas de Maer Dualdon. Me iré con él, todo el camino hasta el puerto de

Suzail y de allí navegaré hacia casa, al este hasta Aglarond, mientras que él partirá hacia el noroeste, hacia la ciudad de Procampur y las Tierras del Heliotropo.

—Me gustaría poder disuadirte.

—Sabes que no puedes.

—Estás enamorado, Reg... Araña Parrafin —repuso Catti-brie—. Sólo espero que algún día llegue a conocer a esa mediana, Donnola Topolino, que te ha robado el corazón.

—Lo harás —aseguró Regis—. La llevaré por el camino de la aventura a mi lado, o eso espero. Y ese camino nos llevará a Gauntlgrym.

—El mundo es mucho más grande de lo que te imaginas, me temo. Cuando Wulfgar nos dejó para ir al Valle del Viento Helado, no aseguramos que nos volveríamos a ver.

—Yo sí... ver a Wulfgar, quiero decir. Y Drizzt también.

—¿Y?

El mediano tragó con fuerza ante esa pregunta tan directa, porque aquella reunión con Wulfgar en el Valle del Viento Helado había sido muy amistosa, pero extrañamente insatisfactoria para los tres.

—¿Me estás diciendo que no debería regresar? ¿O que no debería irme?

—¡Claro que no quiero que te vayas! —replicó la mujer—. Pero no, no tienes elección, mi querido amigo. Te he visto mirando hacia el este en tus momentos en silencio... todos te hemos visto. No puedes pasarte los días pensando en tu querida Donnola. Siempre tendrás a los Compañeros de Mithril Hall, Araña de Aglarond. Siempre serás uno de nosotros, y, por tanto, siempre serás bienvenido allí donde estemos, con los brazos abiertos y grandes sonrisas, y besos de mi parte... ¡muchos besos!

—Intentaré ser digno de los Compañeros de Mithril Hall —comenzó a decir Regis, pero fue callando a medias.

Catti-brie supo que Regis estaba dándose cuenta realmente de lo que iba a hacer. Los estaba dejando, y el peso de eso sólo en ese momento estaba cayendo sobre sus pequeños hombros.

—¿Digno? Eres un héroe, en todos los sentidos de la palabra. Le salvaste la vida a Wulfgar en los túneles al sur de Mithril Hall. ¡Dos veces!

—Después de que él viniera a buscarme.

—Eso es lo que hacemos los unos por los otros —afirmó Catti-brie—. Ojalá pudiera acompañarte a Aglarond.

Regis asintió y tragó con fuerza, e hizo que Catti-brie lo mirara a los ojos; su expresión era muy seria, lo que la confundió.

—Wulfgar ha aceptado venir conmigo —explicó Regis.

Por un momento, Catti-brie pareció perder el equilibrio, como si simplemente se fuera a caer de su montura mágica. Pero se recuperó rápidamente y consiguió asentir.

—Ha aceptado estar junto a mí en mis viajes —continuó Regis—. Quizás sienta como si nuestros malos tragos juntos en la Infra-oscuridad...

—Te debe la vida.

—Una deuda de la que nunca pediría el pago.

—Él se alegra de poder compensarte. Seguramente, está encantado de volver al camino y a más conquistas... de diversas clases.

—No digas nada, por favor —repuso Regis, rápidamente, como si los comentarios de Catti-brie le hubieran recordado algo—. Iremos juntos a hablar con Drizzt y Bruenor, pero por ahora es nuestro secreto, ¿de acuerdo?

—¿Por qué?

Regis hizo un gesto hacia delante con la barbilla, guiando la mirada de Catti-brie hacia Wulfgar, y hacia la caballero-comandante de Luna Plateada.

—Aleina Lanzafulgente está muy enamorada de él —explicó Regis.

—Quizás se vaya con vosotros.

Regis ya estaba negando con la cabeza antes de que Catti-brie acabara la frase.

—Su deber es con Luna Plateada. Hay rumores de que le darán el mando de Sundabar, cuando la reconstruyan.

—Tú has elegido el amor —le recordó la mujer—. Quizás...

—No creo que Wulfgar quiera que ella venga —indicó Regis—. Ahora, él es... diferente. Creo que no desea una familia; ya tuvo una en su vida anterior. Hijos, nietos, biznietos... los conocía a todos. Vivió mucho más que algunos de ellos. Ya me ha mencionado que lo que más lamenta de la ruta que he escogido es que no irá con vosotros de vuelta pasando por Longsaddle.

—Penelope Harpell —dijo Catti-brie riendo.

Regis se encogió de hombros.

—¿Nuestro secreto?

—Uno que tendremos que compartir con Drizzt y Bruenor, para que todos nos podamos preparar adecuadamente para las despedidas.

El mediano asintió y de nuevo miró al camino que tenían por delante. Tuvo que hacerlo, y Catti-brie lo sabía, para que ella no le viera las lágrimas que le llenaban los ojos.

Más tarde ese mismo día, la gran fuerza en marcha se separó; los elfos torcieron al este hacia el río Surbrin, donde sus botes los esperaban para llevarlos a ellos y a los miles de la Ciudadela Adbar al otro lado, al Bosque Fulgente.

El rey Emerus y los hombres de la Ciudadela Felbarr podrían haber ido también por ese camino, pero él optó por marchar más al sur, hasta el Puente Surbrin, junto a su amigo Bruenor, para poder discutir mejor esa gran aventura que les esperaba a los enanos en el hogar más antiguo de los Delzoun.

Esa misma noche, Catti-brie y Regis encontraron a Bruenor, Wulfgar y Drizzt solos junto al fuego. Se sentaron junto a sus amigos, con comida y bebida para todos.

—Llama a Guenhwyvar —pidió Regis a Drizzt.

El drow lo miró con curiosidad, porque le pareció una petición rara.

—No hay nadie en el mundo que vaya a atacar el ejército que nos rodea —dijo Bruenor.

Pero Regis miró a Drizzt y asintió, y lo mismo hizo Catti-brie, así que el drow sacó su figurita de ónice y trajo al sexto miembro de los Compañeros de Mithril Hall.

Entonces, con todos reunidos, Regis y Wulfgar anunciaron sus planes, y el grito de consternación que lanzó Bruenor cortó la noche e hizo que muchos ojos se volvieran hacia ellos.

—¡Es mi misión más importante! —protestó el enano, al borde de la desesperación—. ¡No puedo hacerlo sin vosotros!

—Sí que puedes —replicó Catti-brie—. Podemos hacerlo. Drizzt y yo estaremos a tu lado, y miles de tu fuerte gente también.

Bruenor la miró enfadado, sin duda sintiendo que lo habían engañado, o como si fuera el último en enterarse.

—Tienen que irse —insistió Catti-brie—. Sus asuntos, los de Regis en particular, no son menos urgentes que los tuyos. Y aún diría que son más urgentes, porque Gauntlgrym lleva ahí miles de años y seguirá estando miles más, sin duda, pero Donnola...

Miró a Regis, quien asintió agradecido.

—¿Tu chica? —preguntó Bruenor con incredulidad, como si la idea de ir detrás de una mujer cuando ante ellos había una gran aventura le pareciera totalmente ridícula.

—Esa mujer será mi esposa —afirmó Regis—. Quizás llamemos Bruenor a nuestro primer hijo, aunque me temo que su barba te decepcionará.

Bruenor había comenzado a discutir, pero las palabras del medio no le hicieron comenzar a balbucear y luego se echó a reír.

Y así comieron y bebieron, y muchos vítores y muchas jarras de cerveza se alzaron en el aire nocturno, y muchas promesas de que se verían de nuevo, seguramente en Gauntlgrym. Eso no era un adiós, dijeron todos, sino tan sólo una separación temporal.

¿Cuántos han hecho promesas que a menudo se quedan en nada?

—¿Molestamos en esta reunión privada? —dijo una voz inesperada. Jarlaxle entró en el círculo de luz de la hoguera, flanqueado por las hermanas Tazmikella e Ilnezhara.

—Hay sitio para más —dijo Drizzt rápidamente, antes de que Bruenor tuviera tiempo de protestar. Se movió sobre el tronco que había tomado como banco, para hacer sitio a los recién llegados—. ¿Bebéis algo? —Drizzt preguntó, mirando a Bruenor, que frunció el ceño un segundo, pero presentó otra jarra.

Ilnezhara le pasó la primera jarra a Jarlaxle.

—Preferimos sangre —explicó, cuando Bruenor buscaba una vez más detrás de su escudo. El enano se detuvo y la miró fijamente.

—Andas abiertamente entre los enanos y los otros —le dijo Drizzt a Jarlaxle en voz baja.

—La guerra ha acabado, así que he venido a intentar arreglar las relaciones entre las razas, aparentemente —contestó el drow mercenario y bebió un trago de cerveza—. Aunque, evidentemente, estoy aquí como espía de la Madre Matrona Baenre, a quien, evidentemente, ofreceré un informe completo.

Wulfgar se tensó y Bruenor se puso en pie de golpe ante esa declaración.

A eso, Jarlaxle sólo se encogió de hombros y sonrió, y miró a Drizzt.

—¿Mi uso de «evidentemente» dos veces en la misma frase no ha indicado claramente mi sarcasmo?

—Ha sido un año muy largo —repuso Drizzt.

—Ajá —coincidió Jarlaxle—. Bueno, buen enano y hombre gigante, estar tranquilos —continuó—. No diré en Menzoberranzan más de lo que ya saben. Los enanos ganaron, los orcos huyeron, el reino humano se construirá de nuevo, y por todos nuestros..., suyos..., esfuerzos, esta guerra a la que Menzoberranzan incitó en la Marca Argétea sólo ha conseguido reforzar los lazos de la alianza de Luruar.

—Eso es lo que tenías pensado decirles, ¿eh? —preguntó Bruenor.

—Sí —contestó Jarlaxle—. A cambio de un pequeño favor.

Bruenor se irguió al oír eso, y lanzó una agria mirada hacia Drizzt, pero este alzó la mano, rogando paciencia al enano.

—Tengo dos socios, ambos conocidos por vosotros, a los que les intriga la idea de que intentes reclamar Gauntlgrym —explicó el drow.

—¿Estas dos? —preguntó Bruenor, señalando a las hermanas.

—Intenta no ser tan tonto —replicó Tazmikella.

—Buen enano, nosotras ya hace tiempo que estamos aburridas —añadió Ilnezhara.

—No ellas —explicó Jarlaxle—, sino enanos, incluida la última incorporación a Bregan D'aerthe. Ambos han pedido un permiso para poder marchar junto a ti hacia vuestra patria, y dado todo lo que han hecho, yo sería un líder terrible y un peor amigo si se lo negara. —Alzó la mano e hizo un gesto, y en la luz entraron Ambargrís y Athrogate, cogidos de la mano y sonriendo esperanzados.

—¿Quieres que coja a esos dos? —preguntó Bruenor.

—Aliados poderosos —repuso Jarlaxle.

Bruenor parecía no saber qué hacer. Miró del drow a los enanos y luego a Drizzt, y luego empezó de nuevo.

—Sí, no puedo negar la verdad de eso.

—Me podrás devolver a mi vieja casa de Felbarr —dijo Athrogate.

—Y yo puedo regresar a Adbar y todo perdonado —añadió Ámbar Gristle O'Maul, de los O'Maul de Adbar—. Y te quedaremos en deuda por todo eso.

—Sí, y preferimos coger el camino junto a ti —dijo Athrogate—. Para siempre.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Drizzt a Jarlaxle.

El mercenario se encogió de hombros.

—Tengo que informar a la madre matrona, claro, y luego tengo otro camino ante mí.

—Se va a buscar a Effron, ¿a que sí? —intervino Ambargrís—. Ah sí, encuentra al pobre chico y dale un abrazo de mi parte.

—¿Tenemos un trato? —preguntó Jarlaxle.

—¿Y si digo que no? —inquirió Bruenor.

—Entonces, informaré a la madre matrona del mismo cuento, pero habréis perdido a un par de compañeros buenos y poderosos.

Bruenor miró a Drizzt.

—¿Y tú qué dices, elfo?

—En una batalla, esos son dos enanos que yo querría tener a mi lado.

—Muy bien, entonces, y contento de teneros —dijo Bruenor al par, que sonrieron aún más, hicieron una inclinación y regresaron a la oscuridad entre las hogueras.

—Y ahora tengo que marcharme —dijo Jarlaxle; se acabó la jarra, se inclinó la gorra y se levantó—. Buen viaje y no adiós, porque no tengo ninguna duda de que nuestros caminos se volverán a cruzar, amigos. —Comenzó a inclinarse, pero Tazmikella lo agarró por la manga y con una inquietante facilidad lo hizo sentar de nuevo a su lado. Comenzó a susurrarle al oído, y señaló a Wulfgar al otro lado de la hoguera.

Jarlaxle se echó a reír.

Wulfgar frunció el ceño.

—Mi amiga aquí se pregunta si estarás necesitando una buena cama esta noche —explicó Jarlaxle.

El anonadado Wulfgar pareció no saber qué decir, aparte de mascullar «umm» repetidamente.

—Es un dragón, chaval —le dijo Bruenor.

—¿Por qué todo el mundo va diciendo eso como si fuera algo malo? —preguntó Jarlaxle. Miró a Wulfgar y sonrió arteramente—. Tentador, ¿no?

Pero Regis contestó antes de que pudiera hacerlo Wulfgar.

—Aleina no está lejos, y te está esperando —le recordó, y la creciente medio sonrisa desapareció del rostro del grandote.

—Yo... con mi mayor gratitud... —Wulfgar tartamudeó, pero las hermanas se rieron de él y se pusieron en pie, colocando a Jarlaxle entre las dos y empujándolo para alejarse.

—Ahora tendré que sufrir mayores dificultades por tu ausencia —dijo Jarlaxle con fingido rencor. Intentó inclinarse de nuevo, pero no tenía los pies en el suelo, Ilnezhara lo alzó del tronco y se lo echó

al hombro con toda facilidad—. ¡Ay! —dijo con un gran lamento, y consiguió torpemente tocarse el horrible sombrero.

—Dragones... —exclamó Catti-brie, incrédula; miró a Wulfgar y meneó la cabeza disgustada.

—Presenta una intrigante... —bromeó Drizzt, y rápidamente se agachó para esquivar la trota de broma de Catti-brie.

Sin embargo, Wulfgar permaneció con una mirada de claro interés mientras contemplaba al trío alejarse. Pensó en las hermosas hermanas y en que a él, sorprendentemente, le había parecido una oferta intrigante. Y también miró a Jarlaxle, envidiando al drow desenfadado y egoísta.

¿Había encontrado Jarlaxle lo que Wulfgar buscaba?

Los cuernos sonaron y la cadencia de un tambor coincidía perfectamente con los fuertes pasos de los mil enanos de la Ciudadela Felbarr, que cruzaban el Puente de Surbrin escoltados por los vítores de sus hermanos Battlehammer.

—Te está apoyando con todo lo que puede —comentó Drizzt a Bruenor mientras observaban partir a Emerus Corona de Guerra.

—Es un buen hombre, mi amigo Emerus —repuso Bruenor solemnemente—. Será generoso cuando nos encontremos al final del año. Muchos de los que marchen con nosotros, elfo, serán de la Ciudadela Felbarr, no lo dudes.

—No lo dudo —admitió Drizzt.

Sonó otro cuerno, este hacia el sur, y Drizzt se fijó en que Bruenor tragaba con fuerza al oírlo, la llamada a las armas de los Caballeros de Plata. Drizzt también soltó un largo suspiro.

—Mi niña está con ellos —comentó Bruenor—. Vamos a despedirnos... —Se le cortó la voz y el fornido enano se tragó un sollozo. Miró a Drizzt y asintió, y los dos comenzaron a caminar.

Pasado un momento, encontraron a Catti-brie con Wulfgar y Regis; Aleina y el hermano Afafrenfere estaban a un lado, esperando pacientemente.

Bruenor comenzó a sacar jarras de cerveza de detrás de su escudo en cuanto llegó, y las fue pasando a los otros cuatro; luego alzó la suya bien arriba.

—Por los Compañeros de Mithril Hall —dijo el enano con una voz fuerte y alta, lo suficientemente alta para que muchos alrededor se volvieran a contemplar la reunión de los cinco amigos—. Si nunca nos volvemos a encontrar, entonces sabed en el corazón que pocos han conocido una amistad tan profunda.

Regis hizo una mueca de dolor al oír eso, y a Drizzt le pareció que estaba a punto de quebrarse, quizás de renunciar a su viaje a Aglarond.

—Nos veremos de nuevo —les aseguró Drizzt a todos, y especialmente al mediano, aunque lo cierto era que no estaba convencido de sus propias palabras.

—Sí, en este mundo o en el siguiente —añadió Catti-brie con seguridad.

Drizzt notó que esta vez tanto Wulfgar como Regis hacían una mueca.

Él lo entendió.

Brindaron y bebieron, brindaron un poco más y bebieron un poco más, aunque los cuernos de llamada se estaban haciendo más frecuentes y urgentes en el sur. Finalmente, Aleina Lanzafulgente se acercó al grupo.

—Nos vamos —dijo a Wulfgar y a Regis.

Los cinco se dieron abrazos y besos, y luego se separaron, todos con lágrimas en los ojos.

Al abrazar a Drizzt, Regis aprovechó para susurrarle.

—Tengo que irme —le dijo al oído como si le pidiera permiso.

—Lo sé —repuso el drow.

Y eso hicieron, caminando por la orilla del río hacia el sur con los soldados de Luna Plateada y Everlund, y dejando a Drizzt, a Catti-brie y a Bruenor para pensar en el largo camino que tenían por delante sin sus dos amigos.